

Stolpersteine

“Mientras que algunos de nosotros argumentamos acerca de lo que la historia es o fue, otros la toman entre sus propias manos”.

(Michel Rolp Trouillot)

“El estar de luto tiene validez tanto a nivel individual como colectivo, en la intra-psique y lo interactivo. Involucra al dolor, al trabajo y al descubrimiento.” (P.C. Racamier, **La genie des origins**).

En un ejemplar reciente del **The New Yorker** la reportera Elizabeth Kolbert explora el fenómeno de la *Stolpersteine*, un proyecto público de arte y de trabajo del artista y escultor conceptual alemán, Gunter Demning, desde que a su propia bisabuela la “desaparecieron” durante el holocausto nazi. Nacido en 1947 en Berlín, Demnig ahora vive en Colonia. En marcado contraste con la mayoría de los monumentos conmemorativos diseñados para exigir atención, su modesto *Stolpersteine*, (bloques que obstaculizan) moran casi literalmente bajo los pies. Cada una consiste de un componente de concreto al cual se le ha insertado con cuidado una placa de latón. Estos pedazos, cuya medida es de 10 x 10 cm., son del tamaño aproximado de un Cubo de Rubik, o del tamaño de la mano de un niño, están incrustados en aceras, o entre adoquines y baldosas; de manera que resulta que su superficie yace casi a la misma altura con el pavimento. Cada una de ellas está grabada a mano, como un gesto, según Demnig, deliberadamente expresado en oposición a los asesinatos mecanizados, burocráticos masivos, ejecutados dentro de la extensiva mano de obra esclava y los campos de exterminación que operaban impunemente durante todo el Tercer Reich (1933-1945). (“Una piedra para mi bisabuela”, www.newyorker.com 16 de febrero, 2015.)

Las *Stolpersteine* están elaboradas con meticulosidad como un trabajo artesanal para conmemorar a todos los disidentes judíos, romaníes, sinti, a los homosexuales, a los testigos de Jehová, masones, negros, desertores militares, miembros de movimientos de resistencia y comunistas, que fueron deportados y exterminados. También conmemoran estas pequeñas placas de metal a los discapacitados mentales y físicos, víctimas de la

eutanasia, así como también: a aquellos que sobrevivieron el encarcelamiento y las clínicas de esterilización, y a los que se les obligó a inmigrar o a suicidarse como resultado de la persecución nazi. Cada piedra tiene un nombre, fecha de nacimiento, fecha de aprehensión y fecha y manera de morir (si se conoce) y, se coloca en la acera afuera del último domicilio o de lugar de trabajo conocido del individuo. Se anuncia en las noticias locales la hora y el día de cada instalación para beneficio de aquellos que les gustaría asistir. En este momento, comenta Demnig que el número cada vez mayor de dichas víctimas es demasiado elevado y ahora se necesita entender a su proyecto en gran medida como algo simbólico; y aún así, el continúa.

Siempre que es posible, este artista acomoda las piedras él mismo, en presencia de los que las encargaron; mientras viaja en una minivan con un asistente y las herramientas necesarias. En silencio, se pone en cuclillas, con una rodilla cubierta con un cuero acolchonado, despeja el espacio designado, las inserta, las ajusta en su lugar y por último añade cemento húmedo. Luego da un paso hacia atrás para inspeccionar su trabajo, cepilla las placas y las limpia con un paño. Recuerda un montaje donde sin tener conocimiento previo unos de otros, se reunieron para asistir personas de cuatro países, y pronto descubrieron que estaban todos relacionados. Cualquiera puede patrocinar la hechura e instalación de una placa para la familia, amistades, vecinos o compañeros de trabajo escribiéndole a info@stolpersteine.eu

En 1995, Demnig comenzó a implantar su *Stolpersteine* (un término alemán que más o menos se traduce como algo parecido a “Piedras que hacen tropezar”). Sus primeras piezas cubicas fueron puestas sin permiso, sobre tierras de dominio público a petición de los sobrevivientes en Colonia. Después un segundo grupo se instaló en Berlín, también sin permiso. Eventualmente, ambas ciudades legalizaron a estas “piedras” pesadas, cargadas de emociones.

En cuanto el número de aquellos que en efecto fueron testigos del holocausto ha disminuido, sorprendentemente ha aumentado el interés en las *Stolpersteine*, casi en proporción a la inversa. Residentes en Berlín se han reunido para tratar de descubrir las identidades de aquellos que habían sido deportados de sus barrios. Llegó la información por medio de rumores, escuelas, familiares y diversas organizaciones como *Yad Vashem*

en Jerusalem. En cuanto creció el proyecto, estudiantes de varias ciudades y naciones ofrecieron su tiempo para obtener fondos y ayudar.

Cuando eventualmente se extendió este esfuerzo a otras localidades alemanas, también tomó raíces en otros países, incluyendo Holanda, Bélgica, Italia, Francia, Luxemburgo, Austria, Rusia, Hungría, Croacia, Noruega, la República Checa, Ucrania, Eslovenia, Eslovaquia y Polonia. Hasta el momento existen más de seis mil *Stolpersteine* en Berlín junto con más de otras 50,000 incrustadas en lugares públicos a lo largo de Europa. Se ha identificado al proyecto *Stolpersteine* como el “monumento conmemorativo de base comunitaria descentralizado más grande en el mundo”.

La elección de Demnig de las “piedras que hacen tropezar” como vehículo artístico para su proyecto de conmemoración es particularmente oportuno, dada una leyenda popular en la Alemania antes del holocausto, pues era una costumbre que los no-judíos dijeran, siempre al tropezarse con una piedra, “debe haber un judío enterrado aquí”. (Jude als Schimpfwort Archiv, Raid-rus, 28 de marzo, 2007). Estas “piedras obstáculo”, como metáfora puesta de manifiesto, y la ligera inquietud que crean entre los caminos peatonales sirve para desequilibrar los pasos rutinarios e interrumpir el progreso suave, tranquilo de muchos ciudadanos aspirantes a ser íntegros y honestos. Algunas de estas piedras de latón, de pequeña escala pueden llegar a causar un ligero dolor. Sin embargo, su presencia humilde, terrestre, cuboide, sólida es portadora de una invitación existencial.

Las *Stolpersteine* ahora sepultadas en un territorio común, yacen ahí y persisten, como una expresión de eterna esperanza. Su propia presencia, en esos lugares donde las han aceptado, sugiere que cuando menos algunos de nuestras almas amables, despiertas y conscientes, y de otra manera, dispuestas, pudieran hacer una pausa por un momento, para doblar una rodilla al suelo, y así poder leer lo que está escrito en cada placa, acerca de los crímenes que involucran tanto a las víctimas como a los perpetradores. Al ser instalada, cada *Stolpersteine* brilla luminosa con un lustro metálico y con el paso del tiempo, el latón pierde su resplandor. A menudo a aquellos que viven cerca se les pide que las pulan como un gesto de renovación y para evitar la indiferencia y que caigan en el olvido. (Ruth Breuer, ARAS Connections, Ejemplar 3, 2012)

No todo el mundo ha estado o está actualmente receptivo a la instalación de las *Stolpersteine* y este proyecto conmemorativo se ha topado con cierta cantidad de piedras en su camino en el pasado y hasta en la actualidad. Por ejemplo, en Múnich, la comunidad judía de la ciudad las rechazó como indignas, bajo el argumento que no representan un lugar apropiado para recordar el *Shoah*. Más específico, muchos sintieron que sencillamente les ofrecían otra oportunidad a las botas militares de los alemanes y a otros “alemanes buenos” a de forma simbólica degradar y pisotear a sus víctimas judías. En respuesta, Demnig rechazó su sugerencia de que debería colocarlas en las paredes dado que siente que la gente tiende a ignorar las placas que están en los edificios, mientras que con regularidad miran hacia el suelo. (<http://moreintelligentlife.com> Mayo/Junio, 2013).

Además y no de forma inesperada, los neo-nazis y sus simpatizantes han profanado en muchos países a las *Stolpersteine*, pintando sobre ellas, así como quitándolas por completo para que estas piedras conmemorativas sean ritualmente y por el contrario, destruidas.

A pesar de lo inquietante que pudiera ser para algunos, la verdad es que una mentalidad constante, antigua, profundamente enraizada, sádicamente cruel que se manifestó como nazismo también ha sobrevivido al holocausto. De igual o mayor importancia, es que un artista conceptual independiente, a quien le preocupa, más que a cualquier político con sus propios propósitos personales, ha encontrado un modo culturalmente específico de ofrecer una opción de base comunitaria, adaptada transculturalmente para honrar a los “desaparecidos”.

Aquí tenemos un serio reto humanístico, no limitado ni en el tiempo ni en el espacio a Alemania, o a víctimas y perpetradores nazis, puesto que la tragedia de los desaparecidos es un fenómeno desde tiempos inmemorables, constante, mundial. El proyecto de Demnig de las *Stolpersteine* establece con claridad que en el interés genuino de sanar, las humanidades y las artes relacionadas tienen aún más que ofrecer que la política, y esas ilusiones seductoramente íntimamente vinculadas a algún tipo de justicia oficial.